

## Mujeres esclavas en América a fines del siglo XVIII: una aproximación historiográfica

Silvia C. Mallo

Universidad Nacional de La Plata - Investigadora Adjunta CONICET

*La mujer negra produce,  
la mujer mulata sirve,  
la mujer blanca consume.  
(Lucille Mathurin Mair)  
En: Bárbara Bush*

Los temas que han surgido como preocupación central de los historiadores dedicados al análisis del siglo XVIII en la última década no sólo han generado el tratamiento de nuevas líneas de investigación sino que han provocado la revisión y reconsideración de los interrogantes ya instalados con anterioridad en la historiografía acerca de la esclavitud en América.

Entre los sujetos históricos que indudablemente integraron nuestra sociedad y que fueron además olvidados por la historiografía los afroamericanos y las mujeres se destacan y, desentrañar su participación en la construcción de la sociedad americana y las es aquí fundamentalmente el motivo de nuestra reflexión y análisis.

Las características del entrecruzamiento variado del tejido social americano El sistema atlántico y el surgimiento del capitalismo habían descollado inicialmente en los períodos de pre y posguerra por su tratamiento definiéndose entonces las preferencias por el estudio de la trata en sí misma y del sistema esclavista de plantación, es decir, el monocultivo de exportación. Este sistema con raíces en el sur de los Estados Unidos, el Caribe y Brasil y específicamente desarrollado sobre la base de la relación triangular entre Europa, Africa y América reducía el espacio geográfico de observación y análisis en el ámbito americano.

Las fuentes utilizadas desde los años treinta y cuarenta para la reconstrucción histórica marcaron la necesidad de adoptar criterios de análisis diferentes. Entre otros el más importante de ellos, dejar de estudiar la esclavitud basándose exclusivamente en la visión de los amos para comenzar a estudiar al sistema esclavista desde la perspectiva de la comunidad afroamericana. Entre 1930 y 1940 comenzó a analizarse la continuidad de formas culturales africanas en América, el enaltecimiento de las revueltas de negros y de la conformación de sociedades cimarronas que da-ban por tierra con la idea extendida acerca de la pasividad de los esclavos y permitían descubrir formas cotidianas de resistencia.

Entre la resistencia, el acomodamiento y la adaptación, la comunidad afroamericana luchó por construir su comunidad a su manera y obtener mejoras dentro del sistema esclavista intentando lograr su propia supervivencia como individuo y la definición de su propia identidad. Las comunidades esclavas comenzaron a visualizarse en toda su complejidad y jerarquización y, la aparición de los primeros estudios de la familia negra esclava, permitieron la aparición de la mujer esclava como sujeto histórico. Rescatar a estas mujeres de su invisibilidad y de su doble oscuridad como mujeres y como esclavas y subrayar el papel que cumplen en la transferencia cultural, la conservación de la familia y la construcción de la sociedad americana es el objetivo.

Un hecho indudable es que todos los integrantes de una economía esclavista de plantación o de una esclavitud estipendiaria están íntimamente ligados, desde su posición en la sociedad, a esta economía básica de producción. Otro hecho remarcable es que en ella rige asimismo un sistema patriarcal y paternalista que otorga la autoridad y primacía particularmente al hombre-amoblado por sobre las mujeres blancas y de ambos sobre hombres y mujeres negros esclavos.

Por otra parte el estudio de las relaciones de género, clase y raza se imponían asimismo para determinar la validez del fundamento del “buen trato” del esclavo africano en los diferentes sistemas esclavistas, en el análisis de la relación amo-esclavo y en la caracterización de las diversidades regionales. Era necesario entonces extender el análisis al estudio de las comunidades afroamericanas de Hispanoamérica, es decir, aquellas que, asentadas en áreas urbanas y rurales, marcaban diferencias esenciales en el prototipo de la esclavitud a la que los forzados inmigrantes africanos estaban sometidos. Por una parte un sistema esclavista de plantación y por otro un sistema económico con esclavos centrado en la percepción del sistema desarrollado sobre el eje estipendio-peculio.

Todo ello conducía a la conclusión de que la esclavitud más que una institución es un sistema social que marca las vidas, el papel que cada uno juega en esa sociedad y la identidad individual de cada uno de los actores sociales. Por lo tanto afecta a todos los hombres y a todas las mujeres como amos, como esclavos, pobres blancos, negros libres, mulatos esclavos y libres, o zambos entre otros. Se ha señalado reiteradamente que las jerarquías sociales estuvieron basadas entonces en el color y la clase y que, del sistema esclavista colonial heredaron los hombres y las mujeres negras la pobreza, el subdesarrollo y el resentimiento. Encontramos en ello una de las razones principales para intentar dilucidar la problemática de la mujer negra aún cuando su desaparición, mestización y blanqueamiento así como la imposición legal de la igualdad en la segunda mitad del siglo XIX profundizaron su invisibilidad desde entonces.

El género como categoría de análisis permite reconocer toda una gama de relaciones sociales y una participación diferenciada según se sea hombre o mujer. El hecho de ser esa mujer además esclava la coloca, en cualquiera de los sistemas de esclavitud que aquí definimos, en los estereotipos comunes para su género y su raza: poco valor humano, menor esencia femenina, inclinaciones primitivas. Es decir, está directamente afectada por el desarrollo de prejuicios raciales, de clase y de género. La mujer africana sufre por lo tanto diferentes formas de control sobre su vida y fundamentalmente se ve privada de la protección de las leyes en sus relaciones personales como hija, esposa o madre.

Esta mujer vive entre dos mundos. El primero es el de los amos en el que es primero mercancía y luego propiedad y se ejerce sobre ella el derecho de autoridad y dominio. Por otra parte está inmersa en el mundo de las relaciones establecidas dentro mismo de su comunidad y familia esclava y entre las influencias culturales de su pasado africano y su presente afroamericano. Para penetrar en esta su identidad, tan compleja, hay que atravesar indudablemente todos los interrogantes para poder reconocerla e interpretarla.

En el contexto del derrotero seguido por los estudios de la esclavitud surge además otro interrogante centrado en las características y rendimiento del trabajo femenino esclavo y el de los niños esclavos, sus hijos. Por otra parte y ligado a ello se resaltan los datos existentes acerca de su vida familiar y privada que es donde se configura su identidad cultural afroamericana, aquella que le permitirá sobrevivir a la esclavitud.

### **Los interrogantes**

Habiendo trabajado específicamente intentando definir el tipo y las características del trabajo de la mujer afroamericana esclava y libre rioplatense, en áreas urbanas y rurales, es decir, en una economía con esclavos basada en su calidad de estipendiaria y en una zona marginal de las colonias y caracterizada por un intenso mestizaje, se transformó en una de mis preocupaciones fundamentales establecer las similitudes y las diferencias con otras mujeres afroamericanas.

Actualmente no se sostienen algunas tesis previamente desarrolladas basadas en la escasez de posibilidades de los esclavos africanos desde su condición de ejercer influencia cultural en el contexto del sistema de plantación agrícola lo que los obligaba a participar forzosamente en la construcción de la sociedad americana (Mintz y Price). Se consideraba que la dura vida en las plantaciones, el predominio masculino, la inestabilidad de la familia y alta mortalidad lo impedían.

Hoy, autores como Thornton, señalan no sólo la diversidad de modalidades dentro de cada sistema sino la habilidad de los esclavos para desarrollar sus propias comunidades en condiciones adversas manifestando que “aún en las peores condiciones...las evidencias dan fundamento a la idea de que los esclavos se ingeniaban para formar comunidades que los mantenían y los reproducían y que gracias a ello pudieron desarrollar y transmitir su cultura”.<sup>1</sup>

Esta propuesta tan movilizadora me condujo a la búsqueda del análisis de situaciones particulares y en especial a considerar el papel jugado por las mujeres esclavas en cada caso. Los resultados fueron diversos. Los trabajos de Barbara Bush sobre las mujeres esclavas en la sociedad caribeña entre 1650 y 1838; los de Verena Stolcke y Rebecca Scott referidas a Cuba; los de Elizabeth Fox-Genovese y, por otra parte los editados por Patricia Morton sobre las mujeres del viejo sur norteamericano.<sup>2</sup>

Estas lecturas me inducen a su vez a centrar mi preocupación en el análisis de cada caso para trazar líneas comunes en todas las regiones y permanencias culturales fundadas en el origen común. Me inducen asimismo, a interrogarme acerca de la situación de las mujeres esclavas en las áreas estipendiarias. El presupuesto es que las mujeres esclavas que residieron en áreas rurales en comunidades campesinas de plantación, si bien sobrevivieron en un sistema de explotación más duro, estuvieron en mejores condiciones de conservar y de transmitir las costumbres propias de sus lugares de origen y de vivir en familia. En el caso de las mujeres destinadas como esclavas del sector en el que predominó el sistema esclavista estipendiario no ocurriría lo mismo. Ellas resultaron estar mucho más castigadas por un mayor desarraigo en tanto se vieron obligadas a la convivencia forzosa con los otros

integrantes de la sociedad, alejadas de los suyos debiendo esforzarse doblemente para mantener lazos con ellos.

Si en principio nos atenemos al concepto ampliamente difundido de la generosidad cristiana de los amos en esta sociedad con esclavos llegaríamos a establecer que sucede lo contrario. Se sostuvo hasta ahora que, en el mundo hispanoamericano, en su mayoría de carácter estipendiario, los esclavos domésticos estuvieron más protegidos – precisamente por la convivencia con los amos- tanto en las áreas urbanas como en las rurales. Por el contrario hoy comprobamos que, salvo en los casos en que todos los sirvientes eran esclavos y sobrepasaban los promedios de dos y tres esclavos para cada amo, sufrieron en las áreas urbanas las formas más duras de control directo, desintegración de las familias y aislamiento con respecto a su propia comunidad.

En las áreas rurales del sistema estipendiario y fuera de aquellos destinados a las comunidades religiosas, sólo en algunos casos lograron conformar algunos lazos comunitarios pero, en términos generales también estuvieron aislados. Como contrapartida los niveles más altos de adaptación al medio y de interrelación con los otros sectores de la población se dan también en estas regiones. Analizamos aquí ambos casos.

### **El sistema de plantación**

Los diferentes autores que definen a la mujer esclava en América en cualquiera de los sistemas imperantes coinciden en un punto esencial de su análisis que es el papel sumamente importante jugado por la mujer evitando la desmoralización de esta sociedad producto de un conflicto permanente de resistencia y adaptación que significó entonces el proceso de criollización.

La otra cuestión planteada es la doble responsabilidad de la mujer esclava que debe cumplir con su tarea como esclava en la que se transforma en una unidad de trabajo neutra y defeminizada y además con las tareas propias e inherentes a su sexualidad. Entre ellas están la de la crianza de niños propios y ajenos tanto como el estar sexualmente disponible para amos y esclavos. En este sentido se elaboran a su alrededor los estereotipos de promiscuidad, crueldad y negligencia con los hijos, infidelidad de esposa y familia inestable.

En los estudios realizados sobre estas mujeres en las áreas de plantación Barbara Bush ha buscado clarificar el papel económico y social de la mujer en la economía de plantación en el Caribe encontrando que siguieron la tradición cultural campesina africana que asignaba a las mujeres el cultivo de vegetales livianos y el comercio local. Aun cuando la misma situación no se da en todas partes, en las plantaciones que la autora estudia ellas se ocuparon en América de desmalezar, cavar con azada y abonar en tanto los hombres dirigían las cuadrillas y trabajaban en el ingenio azucarero resultando mayor el número de trabajadoras mujeres en el cavado y cultivo de caña y en las tareas domésticas.<sup>3</sup> Así eran también las que ofrecían mayor asistencia cotidiana a través de la insubordinación manifestada por lentitud en el trabajo, aparentar enfermedad, mentir, robar y desafiar a mayordomos abusivos.

Pero donde las mujeres demostraron su verdadera fuerza fue siguiendo las tradiciones de cultivo africanas en sus propios huertos, en las tierras del señor o en las tierras de provisión y, fundamentalmente en la producción para un mercado interno pobremente organizado,

complementario de la agricultura de plantación y estructurado en pequeña escala. En un día y medio por semana (sábado y domingo) trabajaban en grupos familiares en tierras marginales generalmente en parcelas cercanas a sus viviendas destinadas a la provisión (polinks) En ellas criaban gallinas y cerdos y plantaban cereales, hierbas medicinales, vegetales verdes, raíces y plátanos que las mujeres vendían o trocaban en las ferias dominicales.

En el caso de las plantaciones de azúcar cubanas cuya gran diferencia respecto de otras áreas de plantación es que la población blanca es mayoritaria respecto a la población esclava y esta es sin duda alguna la diferencia fundamental con respecto a las áreas sajonas que aquí analizamos. El mestizaje, muy extendido en las plantaciones cubanas, muestra una considerable integración de los diferentes componentes étnicos de la sociedad en cada plantación. Por otra parte parecería existir un sistema similar del conjunto del trabajo esclavo en las plantaciones según la descripción realizada por Verena Stolcke y Rebecca Scott pero lamentablemente no existe una referencia específica y en forma diferenciada al trabajo de las mujeres esclavas en ninguno de los dos casos. En el primer caso la autora centra sus observaciones en el tipo de matrimonio que se concierta y en el uso de las disposiciones referidas al disenso en el mismo. En el segundo la autora se centra en la transición al trabajo libre ya en la segunda mitad del siglo XIX y pone el acento en la transformación de los ingenios cuando se produce la transición al trabajo libre y remunerado.

Elizabeth Fox-Genovese diferencia las experiencias en el Viejo Sur estadounidense y la fijación de los roles de las mujeres blancas y negras una vez establecidas las convenciones conducentes a constituir su propia identidad y recuperar sus respectivos mundos imaginativos. A través de testimonios orales de las nietas, reconstruye el mundo de las abuelas en las plantaciones reformado a su vez por la transmisión por otras mujeres, sus antecesoras, de la comunidad. Desde esta metodología de trabajo reconstruye por una parte una marcada jerarquización de la comunidad esclava femenina de la plantación basada en el trabajo y por la otra la inexistencia de la división sexual del trabajo. Lo que sí se espera no se refiere a la totalidad del ciclo, es una cantidad diferente en la recolección en una relación de tres sobre dos respectivamente hombres y mujeres.

Una experiencia de niñas cuidadas por las negras viejas o por niños poco mayores, el comienzo del trabajo a partir de los cinco/siete años en el cuidado de otros niños blancos o negros. Poca atención de sus madres que sólo podían interrumpir 4-5 veces su trabajo para amamantarlos o limpiarlos llegaba a su casa a las diez de la noche con pocas oportunidades de una vida doméstica independiente. Limpiaba su cabina, preparaba hierbas disecadas, frutas brillantadas o secas confeccionaba ropa, sombreros y zapatos, velas y jabón, carne seca y reservaba algo para la venta en la misma plantación.

A partir de los seis años las niñas eran tenidas en cuenta para trabajos en la casa grande, dormir cerca del ama a los pies de la cama o en una alfombra en el piso, prenderles el fuego o ahuyentarles los mosquitos, servir el postre o levantar los platos de la mesa. Madres e hijas eran por lo tanto separadas tempranamente y sometidas unas y otras a castigos y sopapos permanentes.

Aquellas niñas que quedaban en la plantación constituían el segundo grupo y debían cortar el pasto, llevar a pastar a las vacas, llevar agua a los campos volviendo con las mulas con leña para la cocina o simplemente acompañar a su madre cuidando a hermanos menores y si estos dormían ayudar con el algodón. El tercer grupo ayudaba en el patio de la barraca a los negros viejos y aprendía el trabajo en el campo comenzando por las tareas más livianas especialmente durante la siembra y la cosecha. Sus madres trabajaban en cuadrillas dirigidas por hombres, cavaban haciendo las tareas más duras. Otras esclavas adultas preparaban la comida para los trabajadores y a la noche cada uno se preparaba su comida con lo obtenido en la caza, la pesca y el cultivo de sus propios huertos y gallineros. Fuera del campo las mujeres hilanderas y las curanderas de tradición africana y local completaban el cuadro.

Sin duda el modelo se repite en las plantaciones, incorpora la experiencia en las prácticas agrícolas africanas pero marca diferencias radicales en cuanto a la integración de los individuos a la comunidad étnica de origen africano y a la sociedad americana. Otra de las diferencias remarcables está constituida por las posibilidades de un mayor mestizaje vinculado a la convivencia con población indígena y blanca como en el caso de Cuba.

#### **El sistema de estipendio y peculio**

En Hispanoamérica colonial la presencia de los esclavos fue siempre ejemplo de buen trato en la relación amo-esclavo y término de comparación de la esclavitud en el área sajona de América. Por otra parte no se conoce aún la proporción de mujeres esclavas estimándose que son un tercio de los hombres esclavos y que es oscilante la relación entre sexos en el tiempo.

El trabajo de la mujer se repite en sus características a lo largo de toda América Hispánica desarrollándose en el ámbito urbano y rural en las tareas domésticas, la agricultura, la artesanía y en los obrajes considerándose que fueron mejor tratadas que los hombres.<sup>4</sup> En las haciendas azucareras mexicanas de Morelos la fuerza de trabajo esclava negra constituía el 10-14 % y los mulatos 11 % entre ellos poco más de la mitad eran mujeres.<sup>5</sup> Los porcentajes de esclavos disminuían en las haciendas de Oaxaca y casi desaparecían en el Bajío volviendo a aparecer en las haciendas jesuíticas en las que se equilibraban los sexos.<sup>6</sup> En las haciendas rurales del área andina los esclavos son prácticamente inexistentes.

En la campaña del Río de la Plata donde la población de color era sólo el 15 %, las mujeres esclavas de las estancias, un tercio de esa población, se empleaban en las tareas domésticas y productivas tejiendo frazadas, ponchos, calzones y el cultivo de la huerta. También hacían velas y jabón, esquilaban a las ovejas, amasaban el pan y seleccionaban el trigo.<sup>7</sup> En algunos casos como el de los veintidós esclavos de la estancia de García de Zúñiga en Entre Ríos podemos observar que en la distribución del trabajo y en la organización interna del grupo al frente del cual se ubica la mujer más vieja a la que todos llaman abuela cuya autorización buscan se reproduce probablemente un modelo africano.

En el ámbito urbano de México y Perú, las dos áreas centrales del imperio con la mayor cantidad de población indígena, se observa el aumento de la proporción de mujeres negras esclavas en el sector doméstico y se reproducían las características del trabajo femenino que encontramos en toda América.<sup>8</sup>

En trabajos anteriores habíamos observado en el Río de la Plata, un área marginal del imperio español hasta fines del siglo XVIII, que el trabajo de la mujer esclava en el área urbana, reservado prioritariamente al ámbito doméstico, presentaba diversas jerarquías en sus habilidades y “grangerías” en forma similar al de toda Hispanoamérica. Era usual su trabajo como criadas, costureras, lavanderas, planchadoras y cocineras. Las amas de leche y las dedicadas a la crianza y cuidado de niños eran las más cotizadas. Sin embargo los poseedores de más de diez esclavos en la ciudad no eran muchos y el sector de servicio se presenta integrado por una variedad de formas que entre los criados, sirvientes y esclavos incluye población de origen negro africano, indígena, mestiza y aún blanca lo que indudablemente induce a la integración y al mestizaje.

Uno de los espacios en el que esa integración se producía eran las cofradías. El control estrecho de las mismas ejercido por la Iglesia y el Estado colonial las mantuvo en el contexto de la cultura dominante, de la asistencia social y de la solidaridad de clase por sobre la solidaridad étnica ya que estaban integradas también por indios, mulatos y mestizos. Es en el período independiente cuando las sociedades de naciones de asistencia y solidaridad étnica adquieren fuerza.

### **Conclusiones**

La trata de esclavos como migración forzosa había puesto en contacto dos mundos, dos sociedades agrarias, la africana y la americana. De la primera a la segunda se transferían hombres portadores indudablemente de tradiciones culturales, hábitos y formas de vida en diferentes y variadas dimensiones. Buscados como mano de obra estos trabajadores estaban destinados a construir, con todo su bagaje cultural, el nuevo mundo americano. En ello, el conservar, el transferir y el construir tuvieron diferentes posibilidades en ese destino americano al que debían adaptarse.

Descriptas las características básicas del trabajo esclavo en el área de plantación y en el área estipendiaria urbana y rural podríamos considerar que en torno a él la sociedad americana estuvo en condiciones de reproducir algunas formas de vida campesina africana en las áreas de plantación y aún en las áreas rurales de esclavitud estipendiaria con mayor intensidad en tanto en las áreas urbanas características de las sociedades con esclavos las posibilidades de transferencia cultural parecen disminuir.

Considero por ende que algunas condiciones básicas eran necesarias para que surgieran transferencias en la forma de la solidaridad étnica y comunitaria:

1. - La existencia de un agrupamiento mínimo que asegurara la reconstrucción de la tradición africana como los esclavos de García de Zúñiga en Entre Ríos rioplatense o el de los cien o doscientos esclavos que entrecruzaban sus vidas en las plantaciones.
- 2.- Una composición de la población en la que las dimensiones de los habitantes de procedencia o descendencia africana asentada en cada región fuera mayoritaria y existieran menores posibilidades de entrecruzamiento. Observamos asimismo que este entrecruzamiento fue activo aún en áreas de plantación en Hispanoamérica.

## Bibliografía Y Citas

1. - JOHN THORNTON (1992) *Africa and africans in the making of the Atlantic World, 1400-1680*, Cambridge, Cambridge University Press, capítulo 6/7, páginas 153-234
2. - BARBARA BUSH (1990) *Slave women in Caribbean society. 1650-1838*, London, James Currey Ltd.
  - VERENA STOLCKE (1974) *Marriage, class and colour in Nineteenth Century Cuba*, Cambridge, Cambridge University Press. Y (1992) *Racismo y sexualidad en la Cuba colonial*, Madrid, Alianza Editorial.
  - REBECCA J. SCOTT (1985) *Slave emancipation in Cuba. The Transition to Free labor, 1860-1899*”, Princeton, Princeton University Press. Y (1989) *La emancipación de los esclavos en Cuba. La transición al trabajo libre, 1860-1899*, México, Fondo de Cultura Económica.
  - ELIZABETH FOX-GENOVESE (1988) *Within the plantation household. Black and white women of the Old South*. Chapel Hill/London, The University of North Carolina Press.
- PATRICIA MORTON ed. (1996) *Discovering women in slavery. Emancipating perspectives on the american past* Athens & London, The University of Georgia Press.
- [ANDREONI, ANTONIO] ANDRE JOAO ANTONIL (1711) *Cultura e opulencia do Brasil por suas drogas e minas*, Lisboa, (Versión 1972: Introducción de Alice Cannabrava, Rio de Janeiro)
- 3 – En los estudios que Richard Dunn realiza en Jamaica sólo un tercio de los esclavos ingresados al Caribe eran mujeres en 1809 en cambio Higman confirma el predominio de mujeres en las cuadrillas rurales.
- 4 – ASUNCIÓN LAVRIN: (1990) “*La mujer en la sociedad colonial*” . en: LESLIE BETHELL *Historia de América Latina* , Barcelona, Ed Crítica pág. 133-137
- 5 – CHERYL ENGLISH MARTIN: (1985) *Rural society in colonial Morelos*, Albuquerque, University of New México Press.
- 6 – CLACSO, (1975) *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, México, Siglo XXI ed.
- 7- CARLOS MAYO (1995) *Estancia y sociedad en la pampa. 1740-1820*. Buenos Aires, Ed. Biblos.
- JUAN CARLOS GARAVAGLIA y JOSÉ LUIS MORENO compiladores (1993) *Población sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires, Cántaro.
- RAÚL O FRADKIN (1993) compilación y estudio preliminar. *La historia agraria del Río de la Plata colonial. Los establecimientos productivos*. I y II, Centro Editor de América Latina.
- 8 - CARLOS AGUIRRE, (1993) *Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud. 1821-1854*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo editorial.
- SILVIA ARROM: (1985) *Las mujeres de la ciudad de México. 1790-1857*, Siglo XXI ed.



